

desde la partida del santo obispo, hizo suplicar al papa que le mandase volver, y el papa le obligó al regreso.

4. Regresado á Praga S. Adalberto, prometió el pueblo obedecerle, pero no lo cumplió de modo alguno. El Santo pues dejó otra vez á Praga y partió á la conversion de los Ungaros, que eran idólatras. Mas no aprovechando allí mucho, y siguiendo los Bohemios en ser los mismos, volvió á su monasterio de Roma; mas el papa le obligó á volver de nuevo á Praga. Obedeció el Santo, pero antes de entrar supo que los Bohemios en odio suyo habian muerto á sus hermanos. Por lo tanto procuró que el duque de Polonia enviase á decir á los Bohemios, para que explorase si estaban dispuestos á recibirle. Respondieron ellos: — Él es un santo, y nosotros somos pecadores, y así no podemos hallarnos bien juntos. — Oido esto por Adalberto, se creyó bastante libre del cuidado de aquella iglesia, y fué á convertir prusianos infieles. Allí, despues de haber sufrido inmensos trabajos, un dia se mancomunaron aquellos paganos para preguntarle con furor por cual causa habia venido á su país. Respondió que habia venido para su salvacion, y así les exhortaba á dejar los ídolos, y á reconocer el verdadero Dios si querian salvarse. Mas aquellos bárbaros tomaron en mal sentido sus palabras, y cierto dia un sacerdote de los ídolos llamado Sigo le traspasó el pecho con un dardo, y despues los otros idólatras le acabaron de matar, mientras el Santo levantadas las manos al cielo, rogaba á Dios por ellos. Despues de muerto aquellos inhumanos pusieron su cabeza sobre una pica, y marcharon dando alaridos de insensato júbilo. Su martirio acaeció en 23 de abril

del año 997, y el Señor houró despues su memoria con repetidos milagros.

§ XXVI.

S. JAIME, S. MARIANO Y COMPAÑEROS.

1 San Jaime fué diácono, y S. Mariano lector, pero no se sabe de qué iglesia, y se ignora asimismo su patria. Partieron á la Numidia, y llegados á un cierto pueblo llamado Muguas, poco distante de la ciudad de Cirta, se detuvieron allí. En aquella provincia eran perseguidos por todas partes los cristianos, y el prefecto que la gobernaba les tenia tanto odio, que á los que en la pasada persecucion habian sido condenados al destierro, los reclamaba para condenarlos de nuevo. Y por ende nuestros santos se creyeron próximos á alcanzar el martirio que tan de veras deseaban.

2. Mientras estaban en Muguas, pasaron por allí los dos santos obispos Agapio y Secundino, que cabalmente habian sido llamados por el prefecto para ser de nuevo juzgados. Al partir aquellos santos obispos dejaron á Jaime y á Mariano muy animados en dar la vida por la fé: y apenas hubieron pasado dos dias vinieron los soldados, y los prendieron y llevaron prisioneros á Cirta. Algunos piadosos cristianos viéndolos en cadenas les envidiaban la suerte, y les exhortaban á mantenerse firmes. Advirtiéndolo los idólatras, les preguntaron si eran cristianos, y respondiéndolo que sí, fueron encarcelados y consiguieron el martirio antes que nuestros dos santos; los cuales presentados despues á los magistrados de Cirta, confesó Jaime con fortaleza ser

no solamente cristiano, sino diácono, aun cuando sabia que contra los diáconos estaba decretada pena de muerte. Mariano fué despues entregado á los tormentos, que fueron acerbísimos. Se le suspendió en el aire, atado, no por las manos, sino por las estremidades de los dedos, que le causaba agudísimo dolor, y ademas ataron á sus pies enormes pesos, con lo cual le quedaron los huesos dislocados y desgarradas las entrañas. Mas el santo mártir lo sufría todo con la mayor constancia, y junto con Jaime y demas compañeros fué vuelto á conducir á la cárcel.

5. Estando en aquella mazmorra Mariano fué consolado con la siguiente vision, que despues refirió él con estas palabras: Ví un gran tribunal presidido por un juez, y delante habia un cadalso al cual se hacian subir varios confesores, á quienes despues aquel juez condenaba á muerte. Y subido yo sobre el cadalso, ví á Cipriano que estaba junto á aquel juez, que me alargaba la mano, y me ayudaba á subir, diciéndome con la sonrisa en los labios: *Ven y siéntate á mi lado*. Despues se levantó el juez, y con nosotros volvió al pretorio. Atravesamos entonces por un lugar amenísimo, circuido de árboles frondosos, en medio de los cuales brotaba una límpida fuente. Desapareció el juez, y Cipriano tomando un vaso de aquella agua, la bebió, y despues me la alargó, y yo bebí tambien con sumo gozo, y acabó la vision. — Al referir esta vision se acordó de otra semejante que antes habia tenido, y entrambas anunciaban su próximo martirio. Despues de haber tenido estas visiones, fueron los santos presentados de nuevo á los jueces, para ser remitidos al presidente de la provincia, que se encontraba en otro punto, á donde no tardaron

en ser trasladados los santos, junto con otros cristianos. Encontraron allí al presidente ocupado en despachar las causas de otros fieles, de los cuales hizo morir una gran parte. A Jaime aparecióse tambien Agapio, uno de aquellos santos obispos de que poco ha hemos hablado, el cual habia ya con la muerte alcanzado la gloriosa corona. Y en aquella vision le dijo: — Alegraos, porque mañana estareis con nosotros. — Y así sucedió; pues al dia siguiente el magistrado que presidia pronunció la sentencia de muerte contra Jaime y Mariano y demas compañeros suyos, que de esta tierra pasaron á gozar la vista de Dios.

4. Para la ejecucion de la sentencia se señaló un valle circuido de colinas y por medio del cual pasaba un rio. Y como era considerable el número de los condenados á muerte, fueron puestos en fila á lo largo de la orilla para que el verdugo pudiese al pasar ir cortando la cabeza uno tras otro, y los cuerpos fuesen arrojados luego á la corriente, y así se evitase á los espectadores el horror de ver tantos cadáveres mutilados y tendidos por aquella ribera. Estaban todos los santos mártires con los ojos bendados esperando el golpe mortal; mas hablando entre sí, decian unos ver por los aires jóvenes ornados de vestidos resplandecientes, montados en caballos mas blancos que la nieve; otros decian no ver tales caballos, pero sí que oian sus pasos y relinchos, y S. Mariano decia contemplar la venganza que preparaba Dios á los que derramaban aquella inocente sangre. Luego que aquellos santos hubieron consumado su martirio, la madre de Mariano rebozaba de alegría al verse madre de un mártir, y no se saciaba de besar la cortada cabeza de su santo hijo. Esta muger merece los

elogios de S. Agustin, y mas estensamente del que escribió el martirio de estos santos, que fué testigo de su combate, y hasta compañero de su prision. Este martirio sucedió sobre el año 259 ó 260.

§ XXVII.

SANTA LUCIA, VIRGEN.

1. Santa Lucía nació de noble estirpe en Siracusa, ciudad reputada en aquel tiempo como la capital de la Sicilia. Habia perdido su padre, desde muy niña, por cuyo motivo su madre Eutichia cargó con el cuidado de su educacion, y la instruyó perfectamente en los dogmas de la fé. Cuando vió á su hija ya nubil, pensó casarla; pero santa Lucía que se habia consagrado sin reserva á Jesucristo, esperaba oportunidad para descubrirle su resolucion.

2. No tardó en presentársele ocasion, pues la nombrada Eutichia padecía de muchos años un flujo de sangre, al que no habia podido encontrar remedio, cuando al mismo tiempo el Señor obraba grandes milagros en el sepulcro de santa Agata en Catania, por lo que santa Lucía persuadió á su madre que fuese allí para conseguir su curacion. Llegadas entrambas á Catania, y postradas sobre el sepulcro de santa Agata, se pusieron á orar, mas Lucía tal vez por la fatiga del viaje quedó vencida del sueño, y en él se le apareció la santa mártir, como leemos en el oficio de santa Lucía, y le dijo: — Lucía, ¿porqué me pides lo que tú misma puedes alcanzar al momento para tu madre, por la fé que tienes en Jesucristo? — Y le aseguró despues que

Dios, por respeto á esta su fé, habia ya curado á su madre. Predijole en seguida que por haber conservado su virginidad, conseguiria de Dios en Siracusa la misma gloria que ella habia recibido en Catania. Altamente alentada santa Lucía con estas palabras, confirmó su resolucion de consagrarse á Jesucristo, y dijo á su madre que no le hablase mas de bodas, rogándole que repartiase su dote entre los pobres. Respondió la madre, que al morir se lo dejaria todo para que dispusiera de ello á su voluntad; mas replicóle la Santa que la gratitud de la gracia recibida le obligaba á despojarse en vida de aquellos bienes que con la muerte habia de dejar por necesidad.

3. Consintió la madre, y á su regreso á Siracusa empezaron á vender sus haberes y á repartir el valor entre los pobres. Llegando esto á noticia de un jóven que pretendia la mano de Lucía, se lamentó con Eutichia; pero viendo inútiles sus quejas, pues Lucía rehusaba el enlace, la acusó por despecho á Pascasio, gobernador de la Sicilia, diciendo que ella era cristiana, y desobedecía los edictos de Diocleciano y Maximiano. Fué pues la Santa puesta en prision y conducida á Pascasio, el cual procuró inducir la á sacrificar á los ídolos. Pero Lucía dió por respuesta que el sacrificio grato á Dios era el socorrer á los pobres, sacrificio que estaba ella consumando, dispuesta á ofrecer á Dios aunque fuese su propia vida.

2. Pascasio replicó que ella debia obedecer á los emperadores como él hacia. Respondió la Santa: — De día y de noche estoy meditando la divina ley, y si vos procurais dar gusto á los emperadores, yo procuro complacer á Dios, por cuyo motivo le tengo consagrada

mi virginidad. Indignado entonces Pascasio la injurió, diciéndole que ella era la impureza personificada. Y la Santa le contestó : — Nó, la impureza misma sois vos, que corrompeis las almas robándolas á Dios para servir al demonio y prefiriendo torpemente los bienes de la tierra á los del cielo. — Replicó Pascasio : — Ahora á vista de los tormentos cesarán tus palabras. — Y Lucía : — Nó, nó, jamás faltarán las palabras al que sirve á Dios, como lo ha prometido el Señor, diciendo que entonces hablará por nosotros el Espíritu Santo. — ¿ Con que el Espíritu Santo está en tí? — S. Pablo ha dicho que los que viven casta y piamente son templo de Dios, y en ellos habita el Espíritu Santo. — Ya que esto es así, replicó el tirano, yo te mandaré conducir á un lupanar, para que te abandone el Espíritu Santo. — Y Lucía : — No queda manchado el cuerpo cuando resiste la voluntad : en tal caso confío que la violencia me hará merecer una doble corona.

5. Pascasio la amenazó despues con los mas crueles tormentos si no obedecia á los emperadores. Mas la Santa respondió con intrepidez : — Aquí tienes mi cuerpo pronto á sufrir todos los tormentos. ¿Porqué tardas? Empieza á practicar lo que te sugiere el demonio de quien eres hijo. — Furioso entonces Pascasio ordenó que fuese luego conducida al lupanar, para hacerle perder la gloria de la virginidad antes de quitarle la vida. Mas cuando quisieron llevarla los satélites, no fué posible moverla del lugar en que estaba, por mas que usasen de todas las violencias. Y viendo esto Pascasio, esclamó : ¿Y qué prestigios son estos? — No son prestigios, dijo la Santa, sino que es la virtud de Dios. — Y observando el despecho de Pascasio, añadió : —

¿A qué afligirte tanto? ¿No estás tocando con tus propias manos que yo soy templo de Dios? — Pero Pascasio, mas confuso aun y despechado, mandó que encendieran una grande hoguera en torno de la Santa, para abrasarla. Mas no por esto recibió ella el menor susto, y dirigiéndose al tirano, le dijo : — Yo rogaré á Jesus mi Señor, que el fuego no me haga daño, para que los fieles reconozcan el divino poder, y los infieles queden confundidos. — Pero los amigos de Pascasio le aconsejaron que la hiciese decapitar, para que terminasen los prodigios, y así lo hizo. Santa Lucía, pues, poniéndose de rodillas, ofreció su muerte á Dios, y predijo entonces que presto volveria la paz á la Iglesia, y así consumó su martirio á 13 de diciembre sobre el año 504.

### § XXVIII.

S. NICOLAS ESTUDITA.

1. Nació S. Nicolás en la ciudad de Canea en Candia de padres nobles y piadosos, que le enviaron desde muy niño á Constantinopla para ser educado en el monasterio dicho del Estudio (de donde tomó despues el Santo el nombre de Estudita) bajo la direccion de S. Teodoro que gobernaba el monasterio. S. Teodoro le hacia vivir al principio con otros niños que allí se educaban en lugar separado; mas viendo despues los progresos que hacia Nicolás en la virtud, le admitió á la profesion religiosa, bien que se hallase todavia en una edad muy tierna, y entonces dió á entender Nicolás haberse entregado á Dios de todas veras. Obedecia á todos los de la casa; pero todo el tiempo que le sobraba del cumpli-

miento de las órdenes de sus superiores, lo dedicaba á la oracion. Y así, llegó á edificar tanto su ejemplo, que los monges le respetaban como superior suyo, y suplicaron á S. Teodoro que le elevase á la dignidad sacerdotal, en la cual entró el Santo para obedecer á su maestro.

2. Sobrevino entonces la persecucion movida por Leon el Armenio, que habia quitado el imperio á Miguel I por la guerra declarada contra las sagradas imágenes; y por esto procuraba el nuevo emperador atraer á su partido los obispos y abades principales de su dominio; y habiendo sido llamado á la corte S. Teodoro, y rehusado obedecer al Príncipe, fué enviado á destierro, y Nicolás quiso acompañar en él á su santo abad, para servirle.

3. Llegados al lugar de su destierro, que era el castillo de Masope, fueron encerrados en una cárcel oscura, de la que los sacaron un año despues para darles cien azotes con nervios de buey, que los dejó medio muertos; y así lastimados, fueron vueltos á la cárcel, en donde los hacian morir de hambre. Trasladoselos despues al castillo de Bonito, á donde vino un ministro del emperador á preguntarles si habian escrito una carta en que se inculpaba la injusta pretension del príncipe contra el culto de las imágenes. Nicolás afirmó entonces que él habia escrito la carta, oido lo cual, aquel ministro le hizo colgar en alto, junto con S. Teodoro, y les hizo azotar cruelmente por largo tiempo, y mandó despues que desnudos como estaban, y llagados de pies á cabeza se les dejare espuestos al frio, que á la sazón era muy fuerte, para que muriesen en este suplicio. Pero no murieron, y fueron otra vez conducidos á la cárcel,

donde se les tuvo encerrados por espacio de tres años, sufriendo allí hambre, frio, y mil otras penalidades. De allí fueron trasladados á otra prision en Esmirna, en donde fueron azotados de nuevo con la mayor barbaridad, y en seguida, atados de pies en un palo, estuvieron así por veinte meses, haciéndoles sufrir en aquel penoso estado todo género de tormentos.

4. Despues de siete años de tantos martirios, estos santos fueron puestos en libertad por el emperador Miguel el Balbuciente, que en la noche misma de Navidad hizo matar á Leon el Armenio dentro la iglesia. Y así, Nicolás se volvió á su monasterio de estudio, en donde permaneció poco tiempo, pues quiso junto con S. Teodoro retirarse á hacer vida solitaria en una isla vecina á Calcedonia, en la cual, muerto ya S. Teodoro, quiso permanecer, al lado del sepulcro de su santo maestro. Mas sobrevino una nueva persecucion escitada por el emperador Teofilo, que habia sucedido á Miguel su padre en el año 829. Le fué pues forzoso huir de allá, y andar errante por varios paises, hasta que una ilustre y piadosa señora le acogió en su casa de campo, en cuyo retiro se dedicaba el Santo á varios ejercicios de piedad, hasta el año 842 en que murió el nuevo emperador. Y allí siguió viviendo, hasta que muerto el B. Nauczio, abad del monasterio de estudio, aquellos monges le quisieron de todos modos por superior. Gobernó por tres años aquella comunidad; pero no pudiendo sufrir el verse superior, cuando él anhelaba ser el último de todos, renunció el encargo en otro santo sacerdote llamado Sofronio, y él volvió á su soledad, retirándose á la casa de la señora de que hemos hablado.

5. Poco empero disfrutar pudo de su retiro, pues

habiendo muerto cuatro años despues el abad Sofronio, los monges, á fuerza de lágrimas le obligaron á tomar de nuevo la direccion del monasterio. Mas entonces sobrevinieron nuevas turbulencias, pues que, Miguel III habiendo asociado al imperio á Barda su tío, hombre tan escandaloso, que por un público incesto mereció la excomunion de S. Ignacio, obispo de Constantinopla; fué arrojado el Santo de su silla, en la cual fué introducido el pérfido Focio. Nicolás, pues, por no tener comunicacion alguna con Focio, fué á habitar en un hospital perteneciente al monasterio de Estudio. Y como con este paso habia dado claras muestras nuestro santo de reconocer el yerro del emperador en la deposicion de S. Ignacio, el emperador mismo, junto con Barda, para aquietar al pueblo fueron á encontrar á S. Nicolás en su retiro para atraerle á aprobar sus operaciones. Mas el Santo, en vez de aprobarlas, echó en cara abiertamente á Barda sus escesos. De lo cual irritados ambos príncipes le prohibieron habitar en lugar alguno dependiente del monasterio de Estudio. Por lo cual tuvo el Santo que andar otra vez errante por varios lugares, hasta que un hombre por compasion le compró una pequeña casa en Constantinopla en donde se encerró S. Nicolás. Pero sabiendo esto el emperador, no dejaba de hacer todas las tentativas para que abrazase su partido, por cuyo motivo el Santo fuese á Tracia á vivir en la isla de Chersoneso. Mas allí mismo, pasados dos años, fué preso por el emperador y encerrado en el monasterio mismo de Estudio, en donde estuvo por dos años enteros atado de manos y de pies.

6. Despues de este tiempo, habiendo Basilio por muerte de Miguel sucedido en el imperio, lo puso en

libertad, y restituyendo la silla á S. Ignacio, arrojó de ella al impio Focio, y obligó á S. Nicolás á tomar por tercera vez las riendas de aquel monasterio de Estudio, en donde finalmente murió el Santo en el año 868 á la edad de 76 años, consumido de fatigas y padecimientos, llevando todavía en su cuerpo las cicatrices de las llagas que habia sufrido en defensa de la fé y de la justicia. Por manera que san Nicolás, si no fué mártir de sangre, fué á lo menos mártir de paciencia y de sufrimientos.

§ XXIX.

SANTA EULALIA VIRGEN.

1. Esta santa heroína fué de una familia distinguida de España en la ciudad de Mérida en la Lusitania, y vino al mundo á principios del siglo iv cuando estaba en su mayor efervescencia la persecucion de los emperadores Diocleciano y Maximiano. Sus padres eran cristianos piadosos, y así tuvieron el mayor cuidado en educarla santamente, y gozaron del mayor consuelo al ver á esta hija ya desde sus primeros años, consagrada enteramente á las virtudes y al amor de Jesucristo, á quien no tardó en consagrar su virginidad. Y fué tan ardiente este amor que la santa doncella nada deseaba con tanto anhelo como morir mártir por Jesucristo. Por lo que, su mayor placer era el oír contar las victorias de los mártires, y leer las actas de sus combates.

2. Y así, cuando santa Eulalia oyó que se publicaba en Mérida el edicto de que todo el mundo sacrificase á los ídolos, hallándose ella en la tierna edad de doce años, sintióse inflamada por un ardiente deseo del mar-

tirio. La madre que lo advirtió, para moderar el ardor de su hija procuraba ponerle á la vista la crueldad de los tormentos que sufrían los confesores de la fé; mas ella en vez de cobrar miedo, anhelaba con mayor ansia la ocasion de sufrirlos por amor de Jesucristo. Viendo esto la madre, y que habia llegado á Mérida Calpurniano, enviado por los emperadores, para alejarla de la ocasion, condujo á Eulalia á una casa de campo en donde la tenia bien guardada. Pero la santa, impulsada por el Espíritu Divino, habló con una muchacha llamada Julia, que le habian dado por compañera, y la persuadió á que huyese con ella para ir á la ciudad en busca del martirio. Y así de noche, huyeron secretamente de casa, sin luz y sin guia, y como Eulalia anhelaba llegar presto á la ciudad, caminaba de prisa y siempre adelantaba á Julia, la cual le dijo: — Apresuraos cuanto querais: yo tengo un presentimiento que moriré antes que vos. — Como realmente sucedió así.

3. Caminaron las dos santas toda la noche por sendas desconocidas y tan erizadas de espinas y de malezas, que la jóven Eulalia tenia los pies muy lastimados. Llegadas por fin á la ciudad muy de mañana, se presentaron á Calpurniano; y Eulalia con el mayor ardimiento le echó en cara la impiedad del culto que los idólatras daban al demonio en aquellos simulacros de madera y de piedra. Sorprendido el prefecto de oír hablar así á aquella niña, le preguntó quien era, y como hablaba con tanta osadía. Respondió la Santa: — Yo soy cristiana, y el verdadero Dios á quien adoro me inspira el horror que tengo á vuestra impiedad. — Mas, hija mia, le dijo el prefecto, ¿Sabeis vos con quien hablais? — Sí, bien sé, replicó ella, que hablo al gobernador, y por

esto digo que es una impiedad el obligar á los cristianos á sacrificar á los falsos dioses. — Calpurniano procuró ganarla primero con promesas, y luego con amenazas; mas viendo que era tiempo perdido, porque la Santa replicaba siempre que era cristiana, y que no deseaba otra cosa sino dar la vida por Jesucristo, porque, como añade el P. Orsi y Fleury que tuvo el valor de escupir á la cara del gobernador, derribar los ídolos y pisotear la harina que aquellos idólatras les ofrecian; mandó á dos verdugos que la atormentasen con la mayor barbaridad posible. Ante todo con azotes armados de plomo le desgarraron de tal manera el cuerpo que presto quedó convertido en una sola llaga, sobre la cual derramaron aceite hirviendo. Pasaron despues á abrasarle con hachas encendidas los costados y el pecho; y santa Eulalia no hacia sino bendecir á Dios y darle continuas gracias. Irritado el juez por ver tanta constancia en aquella jovencita, hizo que con uñas de hierro le rasgaran las carnes hasta los huesos. Viéndose entonces Eulalia llagada toda y ensangrentada dijo vuelta á Jesucristo, levantando los ojos al cielo: — Vedme, Salvador mio, cual estas heridas me dan á conocer por esposa vuestra; hacedme vos digna de que lo sea por vuestra misericordia. — Observando por fin los verdugos que nada podia doblar su firmeza, resolvieron quemarla viva. Encendieron á su alrededor una grande hoguera, la llama empezó á prender en la cabellera de la Santa, que flotaba sobre sus espaldas; y Prudencio, que vivia á fines del mismo siglo, y que describe el martirio de aquella vírgen (Him., 5), dice que la generosa doncella tenia un deseo tan grande de morir por Jesucristo, que estando en el fuego tenia siempre la

boca abierta, de manera que la llama la sofocó, y así consumó ella su sacrificio el día 10 de diciembre á principios del cuarto siglo. Añade el mismo Prudencio, y lo confirma tambien Fleury, que al momento de espirar la Santa vieron todos los circunstantes salir de su boca una paloma tan brillante que deslumbraba la vista, y que volando hácia el cielo, desapareció. Al momento de espirar la Santa cayó nieve en tanta abundancia que cubrió su sagrado cuerpo, y así los cristianos pudieron sepultarle en el lugar mismo de su martirio. Despues cuando Constantino el magno dió la paz á la Iglesia, levantóse en honor de la Santa un magnífico templo sobre su mismo sepulcro que Dios glorificó con repetidos milagros. Dícese que despues en el siglo viii para liberar el cuerpo de la Santa de las injurias de los Sarracenos, fué trasladado á Oviedo, en donde se conserva en la iglesia catedral en una magnífica capilla dedicada á la Santa.

4. Al tiempo mismo que Santa Eulalia padecía entre los tormentos, su compañera Santa Julia fué presa como cristiana, y condenada á perder la cabeza, y así se ejecutó, verificándose de este modo su prediccion, pues murió antes que nuestra Santa consumase el martirio.

§ XXX.

S. POLION.

1. En la ciudad de Tibali, segun refiere el P. Orsi, fué presentado al juez llamado Probo, Polion; y preguntando si era cristiano, respondió que no solamente era cristiano, sino el primero de los lectores.— ¿De qué

lectores? — replicó Probo. — ¿De aquellos, dijo el Santo, que leen la divina palabra al pueblo. — Y añadió Probo: — De aquellos tal vez que acostumbran seducir á las doncellas jóvenitas para retirarlas del matrimonio, é inducir las a observar una vana continencia? — Y respondió Polion: — Los vanos son aquellos que abandonan á su Criador, y consienten en vuestras supersticiones, así como, por el contrario son piadosos aquellos que á pesar de los tormentos se mantienen firmes en la observancia de los preceptos. — Replicó el presidente. — ¿De qué preceptos me hablas? — Y el Santo le dijo: — De aquellos que mandan reconocer un solo Dios, y no dioses formados de piedra y de madera; de aquellos preceptos que corrigen los pecados, y confirman á los buenos á perseverar en el bien; que enseñan á las vírgenes el precio de la virginidad, y á las casadas conservar la honestidad, á los súbditos el obedecer á los soberanos, cuando mandan cosas justas; de aquellos preceptos, finalmente, que enseñan estar preparada una vida eterna al que desprecia la muerte que vosotros podeis darnos. — Y dijo Probo: — Mas ¿qué esperanza le queda al hombre que con la vida ha perdido el goce de la luz y de todos los bienes del cuerpo? — Respondió el Santo: — Hay una luz inmortal, infinitamente mas bella que esta luz que dentro breves instantes se nos pierde en la noche oscura del sepulcro; y los bienes que siempre duran son incomparablemente mas apetecibles que los de corta duracion: y ¿no es prudente posponer las cosas caducas á las eternas?

2. Cortó Probo este discurso del Santo, diciendo: — ¿De qué sirve tanto hablar? Ejecuta las órdenes de los emperadores de sacrificar á los dioses. — Respondió



Polion : — Tú trata de cumplir lo que se te ha mandado. Yo no sacrifico, pues está escrito : *El que sacrifica á los dioses y no á un solo Dios, será esterinado.* — Mas si tú no sacrificas, serás decapitado. — Cumple tú con lo que se te manda : á mí me toca tan solo seguir la doctrina que me han enseñado mis padres y obispos. Todo cuanto me hagas sufrir, lo sufriré con gusto. — Airado Probo, en vez de hacerle decapitar, le condenó á ser quemado vivo.

5. Conducido que fué el Santo por el ministro al lugar del suplicio, se ofreció en sacrificio á Dios, y le bendijo, porque le hacia morir mártir para su gloria; y murió intrépido entre las llamas por el nombre de Jesucristo en 17 ó 28 de abril.

§ XXXI.

S. APIANO Y S. ELESIO, HERMANOS.

1. S. Apiano nació en la Licia, de una familia distinguida por su lustre y opulencia. Sus padres le enviaron á Berito á estudiar humanidades. En aquella ciudad, á pesar de ser muy corrompida la juventud se mantuvo Apiano siempre casto y morigerado. Regresado á su patria á la edad de 18 años, y viéndose allí en medio de una familia enteramente pagana, abandonó aquella casa, y se retiró á Cesarea de Palestina, en donde le dió acogida en su propia casa el célebre Eusebio Cesariense, que fué despues obispo de aquella ciudad. Bajo la direccion de tan insigne maestro, Apiano se dedicó al estudio de las Sagradas Escrituras, y á guardar una vida

austera, por lo cual mereció despues el glorioso fin que tuvo su vida.

2. En aquel tiempo, que era el año 306, el emperador Maximino declaró á los cristianos una guerra á muerte, haciendo alistar á todas las personas de la familia, para hacerlas comparecer despues, y condenar á muerte el que rehusase sacrificar á los dioses. Apiano entretanto se preparó para el combate; y sabiendo que el presidente hacia un solemne sacrificio á los ídolos, impulsado por una especial inspiracion del Espíritu Santo, fué aquel dia al templo, y confundándose con las guardias que acompañaban al presidente, acercóse á las impías aras, y mientras aquel levantaba la mano para derramar el vino y sacrificar á aquel ídolo, le tomó por el brazo, le detuvo, y le exhortó valerosamente á que desistiese de aquella impiedad, y no volviese las espaldas al verdadero Dios, para sacrificar á los simulacros y á los demonios.

3. Los soldados pusieron luego las manos sobre Apiano, y poco faltó para que no le despedazasen allí mismo. Pero le golpearon tan cruelmente que el Santo quedó magullado y cárdeno en todo el cuerpo; de allí le condujeron á la cárcel, en donde por espacio de 23 horas le tuvieron con los pies puestos en el cepo, y se esplicó ya que el cepo, consistía en dos piezas de madera, dentro las cuales se tenian apretadas las piernas de los mártires. En el dia siguiente fué presentado al presidente, quien, no habiendo podido ganarle ni con promesas ni con amenazas, le hizo dilacerar los costados con aceradas uñas, hasta vérsese los huesos y las entrañas. Despues fué azotado en la cara con tal violencia, que quedó desti-